





EL COLOR DE LAS SOMBRAS

Victoria Zambrana

Título: El color de las sombras

Primera edición: octubre, 2024

© 2024, del texto Victoria Zambrana.

© 2024, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

ISBN: 978-84-10062-74-0

*A mi madre, por todo.
A mis hijos, Blanca y Antonio, por obligarme
a seguir a pesar de las dificultades.
Y a Alfonso, mi marido y mi primer lector,
por apoyarme siempre.*



*Todos llevan una sombra, y cuanto menos encarnada en
la vida consciente del individuo, más negra y densa es.*
—Carl Jung

Índice

Capítulo 1	13
Capítulo 2	19
Capítulo 3	29
Capítulo 4	33
Capítulo 5	41
Capítulo 6	47
Capítulo 7	57
Capítulo 8	67
Capítulo 9	73
Capítulo 10	79
Capítulo 11	85
Capítulo 12	93
Capítulo 13	101
Capítulo 14	107
Capítulo 15	113
Capítulo 16	123
Capítulo 17	131
Capítulo 18	143
Capítulo 19	149
Capítulo 20	157
Capítulo 21	167
Capítulo 22	175
Capítulo 23	183
Capítulo 24	193
Capítulo 25	201

Capítulo 26	213
Capítulo 27	223
Capítulo 28	231
Capítulo 29	237
Capítulo 30	245
Capítulo 31	251
Capítulo 32	261
Capítulo 33	265
Capítulo 34	271

Estar encerrada en una celda, y, además, que sea tan cutre, no es lo que peor lleva Adriana.

Lo más cruel es tener que dar vueltas sin parar a todo lo sucedido en los últimos meses. Porque los recuerdos, en ese reducido espacio, son demasiado ruidosos.

Y es que la estancia en la que está recluida es pequeña, casi asfixiante. Las dos camas individuales están ancladas en el suelo, y los escasos objetos personales están a la vista, repartidos en unas estanterías de obras. No hay cajones ni ningún otro lugar para esconder secretos. Los móviles están prohibidos, y las reclusas solo tienen acceso a un Internet controlado en algunas clases de la mañana.

Adriana solo lleva en la cárcel unos días y ya está agotada por el ambiente deprimente de aquel habitáculo y por la intensidad de su compañera de celda, Fani, con la que debe compartir su soledad desde las ocho de la noche a las ocho de la mañana, y que está empeñada en convertirse en su nueva mejor amiga. Cuando encerraron a Adriana con ella, se había presentado extendiendo su mano con cada uña pintada de un color distinto.

—Fani. Me llamo Fani.

Adriana se quedó fascinada al conocerla, e intentó descifrar los dibujos de las decenas de tatuajes que dibujaban el cuello y los brazos de aquella chica escuálida.

En la prisión, las horas se estiran entre la ansiedad y el miedo. Adriana aguarda el juicio que va a señalar, con el dedo implacable, el veredicto sobre su futuro. Sea este justo o no. Porque ella sabe que hay muchas probabilidades de que la verdad no pueda sacar la cabeza del bloque de hielo que se ha formado a su alrededor y del que no va a poder escapar.

Desde que está allí, cada noche busca la mirada de Fani, como para agarrarse a una tabla de salvación. Es la única persona con la que puede hablar en esos momentos oscuros. Pero su charla intrascendente le produce tedio y hace que su

mente vuela al exterior de la prisión.

Con la aguda voz de su compañera como telón de fondo, Adriana pasa las noches rememorando toda su vida. Le resulta imposible apagar la mente. A medida que el soniquete de Fani se va haciendo más tenue y espaciado, hasta que el sueño, por fin, hace que se le gasten las pilas, el silencio se adueña de la celda. Es entonces cuando a Adriana la visitan sus fantasmas, percibe voces y evoca escenas de su pasado. Lo que daría ahora por poder cambiarlo, por haber vivido una existencia diferente.

Pero, sobre todo, por conseguir que su futuro tenga algún atisbo de esperanza.

Capítulo 1

Málaga, 2022

Adriana Guzmán sale de la zapatería de lujo de la calle Cuarteles calzando los nuevos Jimmy Choo que se acaba de comprar, dejándose casi el sueldo de un mes. Son negros y de piel de ternera, tan suaves que envuelven sus pies en una funda de bienestar que no sentía desde hacía muchísimos años. En concreto, desde que era solo una niña y se metía en la cama de sus padres en las noches de invierno, buscando calor y protección, y solo encontraba la mano de su padre, mientras su madre le daba la espalda, visiblemente molesta por la invasión de su única hija.

—Eres demasiado mayor para dormir aquí —le repetía su madre mientras la empujaba con firmeza—. Y vas a despertar a tu padre, que mañana tiene que madrugar.

Decepcionada, volvía a su cuarto dando saltitos para entrar en calor. El frío de las baldosas atravesaba todo su cuerpo de niña desde sus pequeños pies desnudos y le provocaban un temblor tan intenso que no se le calmaba en toda la noche, ya arrebujada en sus mantas.

Aún hoy puede rememorar esa sensación de desvalimiento, un anhelo de protección y cariño materno que tuvo que aprender a dejar de implorar.

Ahora, ya con cincuenta y nueve años, sigue viviendo en su casa de la infancia, a causa de su exilio de Madrid, como ella siempre se refiere a «aquello», y solo las demandas

constantes de su anciana madre consiguen remover, de vez en cuando, esa relación helada y extraña.

Virtudes, su madre, siempre la había controlado con un perfecto ejercicio, muy bien entrenado, de chantaje emocional. El complejo de culpa pronto se había instalado en la psique de Adriana, provocándole tanta incomodidad que terminaba por ceder siempre a los nada sutiles requerimientos maternos. Por eso se había marchado a los dieciocho años a estudiar la carrera de Filología a Sevilla, gracias al apoyo del bendito de su padre.

Cuando terminó la carrera y recibió una oferta de empleo en una importante agencia de publicidad en Madrid, se marchó a vivir allí, lejos del duro escrutinio de su madre. Allí había disfrutado de una sensación fresca de libertad que ahora echaba de menos cada día. Iba a ser cierto eso que pensaba de niña: que su madre tenía una antena en el pelo, un amplificador en los oídos y un escáner en los ojos.

Toda la juerga nocturna, continua y apasionante, que salpicaba sus jornadas laborales en la agencia de publicidad Ágora de Madrid, le duró nada menos que veinticinco gloriosos años. Los mejores de toda su vida, porque aunque fue en la ciudad de Sevilla donde comenzó su andadura libre por el mundo, su dependencia económica como estudiante universitaria no le permitió todo el despliegue del que sí pudo disfrutar en la capital.

En Málaga, nada va como ella había esperado. Y todo por culpa de Mar. El recuerdo de un rencor antiguo aparece de improviso:

«Si esa arpía de Mar, que iba de mosquita muerta, no hubiera ayudado a mi destierro a una cutre sucursal malagueña con ínfulas de oficina moderna e inteligente, nada de eso hubiera cambiado. Pero no. Mar tuvo que darme la patada a Málaga. Esa melindrosa iba de digna, de mujer sufridora por un amor que la abandonó en plena juventud. Y va y se casa con él, con Julio, a los cincuenta años. Su marido. Esa palabra junto al

nombre de Mar me escuece de una manera inexplicable. No sabría decir el motivo de esta desazón. ¡Qué bonito es el amor! Pues que les aproveche. O mejor, que se les atragante tanto azúcar. A mí, desde luego, su historia me da ganas de vomitar».

Se le evaporan en un instante todos los malos pensamientos cuando se mira en el reflejo de un escaparate. Ha invertido mucho en sí misma, aunque la genética haya estado también siempre a su favor. Pero ella le ha dado muchos empujones secretos a su ADN. Le horroriza llegar a la vejez hecha un despojo, así que cuando cumplió los cuarenta se prometió a sí misma poner todo su empeño en aquella misión de mantener la juventud el máximo tiempo posible. Y lo había cumplido desde entonces. Había sido de las primeras de su generación en apuntarse, entusiasmada, a las inyecciones de ácido hialurónico y a los hilos tensores, para levantar sus cejas y disimular las arrugas y surcos nasogenianos.

Adriana es altísima —un metro y setenta y cinco centímetros—, muy delgada, de pelo corto, castaño y con mechas rubias. El repiqueteo de sus tacones, casi todos de Prada o Jimmy Choo, sus trajes ajustados —siempre de marca— y sus labios rojos son sus signos de identidad.

Vuelve a admirar sus nuevos zapatos, con aquella cuña rectangular de plexiglás tan original. No se verán muchos modelos iguales en Málaga.

Cuando esos zapatos la conducen por la calle Peregrino, suspira. Hace justo ocho años, casi recién llegada a Málaga, iba a firmar el contrato de alquiler de un piso diminuto y luminoso para huir de la espesa bruma que invadía la amplia vivienda de sus padres, situada en el barrio de El Limonar. Aquella aciaga mañana su padre falleció de manera repentina de un paro cardíaco. Y con su muerte, se esfumó la única nota de calidez familiar.

Tuvo que abandonar la idea de marcharse de allí. El chantaje emocional de su madre, aún hoy, le impide irse del piso, e incluso aceptar cualquier oferta de trabajo interesante

en otra ciudad. Lo que sí que hizo, sin consultar a su madre —que luego puso el grito en el cielo—, fue pintar su habitación de un alegre color naranja, cambiar toda la decoración y colocar una cama de 1,50 de ancho. Aquel día su madre casi se atragantó con su propia indignación, pero, por una vez, solo recibió la indiferencia de su hija.

Los padres de Adriana siempre habían tenido mucho dinero, aunque, para disgusto de su hija, prefirieron vivir de manera algo austera. El padre era dueño, junto con su hermano Gerardo, de una cadena de tiendas de ropa deportiva. Ambos decidieron traspasar el negocio cuando las fuerzas ya no les llegaban y la ilusión era muy escasa. Ahora, Virtudes insiste en mantener la casa como si el tiempo no rozara las paredes y los muebles fueran atemporales. Cuando se acuesta cada noche en la cama de matrimonio, mira el lado vacío con reverencia, como si allí descansara el cuerpo sin vida de su marido.

Adriana no puede más. Se asfixia con la inexplicable tañería materna y con su férreo control, siempre medido y calculado a dosis letales. Su progenitora dedica todos sus esfuerzos a alimentar aquel monstruo de culpa que siente su hija desde niña. Ahora Virtudes disfruta porque ha terminado la libertad —libertinaje, según ella— de su hija, de tantos años escondida de la inspección de su mirada.

Menos mal que Adriana se puede relajar con el yoga, al que se ha vuelto adicta hace algunos años. De otro modo se volvería loca con las eternas discusiones con su madre. Y es que Virtudes critica constantemente su pelo (demasiado corto), su ropa (demasiado ajustada), su maquillaje (demasiado para su edad). En general, a Virtudes le parecía siempre mal todo lo que se refería a su hija. Si algo le parecía bien, simplemente se quedaba callada: debía de pensar que no hacía falta mencionarlo.

La sonrisa cariñosa de su padre se cruzó en el recuerdo de Adriana. A él siempre le parecía todo bien.

Otra cosa que Adriana no puede soportar es la enfermedad. Y en esa casa hay demasiadas. Su madre acude varias veces por semana al centro de salud y se toma unas cien pastillas al día (al menos, esa es la impresión de Adriana). Lleva siempre en el bolsillo de su bata el autoinyector de adrenalina, porque es alérgica a los frutos secos. Está todo el día dándole la tabarra a su hija para que le lea las etiquetas de la composición de los alimentos.

—Mamá, en todas pone que puede contener trazas de frutos secos, pero eso no quiere decir que los tenga.

—Pues yo no me fío un pelo, niña. No me pienso comer nada de eso.

—Pregunta a tu médico —exclama Adriana, hastiada.

Con eso se acaba siempre la discusión. Porque su médico de cabecera, don Juan, es una especie de Dios al que Virtudes reverencia casi con el mismo fervor que a Nuestro Padre Jesús Cautivo de Málaga.

Adriana decide hacer un paréntesis en sus compras y se sienta en una terraza a tomarse un vino blanco. Todas las calles del centro de Málaga rebosan, en aquel sábado de mediados de mayo, de gente que sale de su casa a disfrutar de la brisa marina que llega a la ciudad. «Cómo había echado de menos todo esto: este es mi clima y aquí están mis lugares preferidos», piensa Adriana, que no recuerda cuándo fue la última vez que ha estado sin hacer absolutamente nada. Al menos, sola. La inunda una alegría liviana que apenas se hace notar, pero que logra que borre las preocupaciones. Que se olvide de todo menos de estar allí, en ese momento, disfrutando del sol, del vino y del aire limpio.

En la mesa de al lado, una pareja de mediana edad se coge de las manos. Ambos están perdidos en los ojos del otro, como si no les importara comportarse como dos adolescentes.

«No entiendo tanto empalago, y menos con tantos años. Yo nunca he hecho eso. Jamás. Claro que nunca he estado enamorada, y menos mal».

A ella le van mucho más las relaciones líquidas, aquellas que se evaporan casi al empezar sin que ninguna de las partes tenga que avisar siquiera de que no va a volver a ver a la otra; las que no provocan un vuelco en el corazón, porque tampoco lo pueden destrozar.

De repente, una nube, inesperada y oscura, se posa sobre ese corto rato de despreocupación, con una insistencia desazonadora. Pero no debe pararse a analizar su vida anterior. No ahora, que no puede disfrazarse con la máscara de la risa, porque no hay nadie delante de ella a quien mostrársela. Como todas las cosas buenas de la vida, ese momento perfecto de bienestar ha sido algo efímero. Era demasiado bonito para que durara. Se termina la copa de vino de un trago y decide marcharse a su casa.

En ese preciso instante, el pitido de su móvil la sobresalta. En la pantalla aparece el nombre de Diego Escribano, seguido de un largo mensaje de WhatsApp que casi no puede leer porque el reflejo del sol se lo pone bastante difícil. Además, tiene que sacar del bolso, disimuladamente, las gafas de presbicia, a pesar de que ya ha agrandado al máximo la letra en la configuración del móvil.

Cuando consigue descifrar todo el mensaje, suelta un bufido de exasperación.

«Cariño, ¿podemos vernos esta tarde cerca de mi casa cuando salga a pasear con el perro? Te echo de menos... Tengo una noticia fabulosa: he encontrado un estudio perfecto, muy cerca de tu oficina. No puedo esperar para enseñártelo. TQM».

Ella contesta con un escueto OK y se marcha a su casa con paso derrotado, porque prevé la tabarra que le va a dar su madre en la comida. Pero le preocupa más otro asunto.

Tiene que tomar una decisión, no puede seguir de manera permanente en una situación que se le antoja eterna. ¿Qué es lo que va hacer con aquel panoli?

Capítulo 2

Málaga, 2014-2022

Son ya demasiados años malgastados con Diego; habían estado prácticamente juntos casi desde el principio, cuando Adriana había aterrizado en una ciudad que se le había quedado pequeña en el minuto uno.

Se habían tropezado por casualidad; ella ni siquiera lo había reconocido. Pero él, entusiasmado, la había invitado enseguida a una fiesta en su casa. Resultó todo un fiasco para Adriana encontrarse con una aburrida reunión de profesores universitarios, compañeros de Diego, que era cate-drático de Física Aplicada, y con su mujer. Sí, se le había olvidado mencionar el pequeño detalle de que estaba casa-do. Aunque eso a ella nunca le había importado, sí le había molestado que la hubiese invitado solo por mero compañe-rismo de instituto. O peor aún, porque sintiera lástima al presentir la soledad de haber aparecido en Málaga después de décadas de ausencia. El mensaje que había recibido de Diego aquella misma noche la sacó de su error: ella seguía guapísima, y la invitaba el lunes siguiente a una comida, a solas, en un local del mismo edificio de su agencia. Adriana había sonreído: aquel tío seguía colado por ella.

Ese lunes de mediados de abril de 2014, en el restau-rante Atarazanas, situado en la calle del mismo nombre y en el mismo edificio de oficinas donde se ubicaba la sede la delegación malagueña de la agencia de publicidad Ágora, se

sentaron en el rincón más apartado del local. Apenas había público, pero ellos se mantenían ajenos a las miradas curiosas y conversaban en voz baja tras haber pedido la comida.

Desde fuera, tenía toda la pinta de una primera cita. Y en verdad lo era, porque aunque Diego y Adriana se conocían desde el instituto, habían vuelto a verse, la semana anterior, después de treinta y tres años sin contacto alguno. Él siempre estuvo enamorado de aquella chica alta, extrovertida y resuelta, pero nunca se había atrevido a confesarle sus sentimientos, que se habían enquistado a lo largo de su vida hasta convertirse en una obsesión platónica. Se casó con la dulce y tímida Lidia sin sentir por ella una pasión desbordada, aunque su vida matrimonial había sido serena. Igual que un aburrido paseo, sin altibajos, en un lago quieto y predecible.

Adriana seguía asombrada por el espectacular cambio físico de Diego, que había tenido una desgarbada adolescencia y ahora, en cambio, era un atractivo cincuentón. «A decir verdad, está bastante bueno. A ver cómo resulta esta comida». Y es que Adriana había acudido a esa cita por puro aburrimiento, sin muchas expectativas, pero con el aliciente de que aquel tipo siguiera adulándola. Después de que su vida social hubiera desaparecido por completo tras su traslado de Madrid a Málaga, necesitaba la adrenalina a la que tanto se había acostumbrado.

En el restaurante, se sacudió la corta melena que enmarcaba su anguloso rostro en un gesto de coquetería, mientras tomaba un sorbo de su copa de vino y miraba fijamente a Diego como si lo que le contaba fuera fascinante.

—No puedo creer que estés aquí ahora mismo, conmigo —repetía él.

Se inclinó hacia su compañera de mesa, que pudo oler una mezcla de colonia sutil y suavizante para la ropa. Sin duda, Diego acababa de salir de la ducha.

—Yo también estoy contenta de habernos reencontrado

—contestó Adriana, con esa voz ronca tan característica que no había variado con los años. Lo repasó de arriba abajo sin ningún pudor. Era un tío impresionante de verdad. Calculó si le daba tiempo a un revolcón rápido antes de volver al trabajo. Pero, ¿qué hoteles había por allí? La voz de Diego interrumpió sus elucubraciones.

—¿Puedo confesarte algo? Tu mirada y tu sonrisa son lo primero que miro cada mañana.

—¿Cómo dices? —Adriana casi se atragantó con el vino.

—Hace mucho tiempo te busqué en Internet y capturé una foto tuya, en la que estás espectacular. Como siempre, como ahora. Espero que no te importe —le soltó, con mirada tímida.

Esa revelación era enternecedora, pero le dio algo de grima. «Quizás porque mi umbral para admitir la cursilería es demasiado bajo. En eso me parezco a Mar, mi *amienemiga*», pensó Adriana.

Lo cierto era que aquella conversación, que en principio iba a ser de puro coqueteo, tenía un cariz tan serio que casi le estaba provocando urticaria.

—Para mí, esta cita es especial. Verás, nunca he salido con nadie. Ninguna chica, salvo Lidia, mi mujer, que es la única novia que he tenido, se ha interesado jamás por mí. Y de verdad que yo me esforzaba por agradar, así que no le encuentro explicación.

«¿Porque eres un pardillo?», casi se le escapó a Adriana mientras sonreía a aquel perdedor. ¿Es que acaso no había madurado?

Pero no fue tan mal esa comida, después de todo.

Durante las siguientes semanas quedaron a comer o a cenar con cierta frecuencia, sobre todo en alguna terraza romántica en las afueras de Málaga, por el pánico atroz de Diego a que su mujer se enterase de esos encuentros furtivos tan electrizantes, pero en los que solo se atrevía a rozarle las manos a una perpleja Adriana.

«Joder, qué mojigato es. Y qué políticamente correcto. Nada de pasión ni de dejarse llevar por los impulsos, ¿no? Me voy a morder la lengua porque este es capaz de echarse a llorar aquí mismo, y eso sí que no voy a aguantarlo. Pero es que es un repelente. ¿Qué hago quedando con él? Por muy bueno que esté ahora, no sé si me compensa».

Al cabo de varios meses en el mismo plan, llegó a la conclusión de que se había dejado querer por Diego. Para su sorpresa, al final resultó ser un amante entregado y de lo más apasionado, aunque demasiado rápido. Y a ella le encantaban los preliminares.

Era toda una novedad ser objeto de tal veneración. Estaba ya algo cansada del perfil bajo que había mantenido hasta ahora y de apartarse cuidadosamente del amor, como si se tratase de la peste. Por una vez decidió ser amada, no solo deseada. La proclama de no haberse enamorado nunca seguía siendo cierta; pero le agradaba aquella capa de protección, la sensación de que alguien se preocupaba por su bienestar, para variar, de que la cuidaran de manera incondicional.

Él la miraba desde el primer día como si fuera una diosa, y eso la halagaba. Aunque, cuando Diego se excedía con los mimos, el agobio hacía que saliera pitando de su lado y se refugiase en los brazos de algún desconocido para volver a ser ella misma, la de siempre.

Era tan fácil ligar por Internet... Tinder era para ella lo que el mostrador de una pastelería para una niña pequeña. Nunca sabía a quién elegir. Por eso, tal vez, terminaba catando todos los sabores y no se decidía a quedarse ninguno. Solo los probaba una vez y ya se cansaba.

Ahora, esa tarde de sábado del mes de mayo de 2022, después de ocho años juntos, Diego se pregunta si va a terminar su vida con la mujer que lo obsesiona desde el

instituto. Esa duda no lo deja dormir por las noches, en las que evita cuidadosamente rozar a su mujer.

Adriana se presenta a la cita luciendo unos altos zapatos nuevos, con pinta de ser muy caros hasta para las cortas entendederas en moda de aquel físico empollón.

—Estás muy guapa.

—¡Gracias! Esta mañana he estado de compras —Y señala los altísimos tacones—. Pero cuéntame qué es eso de un estudio. Me tienes intrigada.

—Ven, vamos a dar un paseo y te lo cuento cuando lleguemos allí. No está muy lejos.

Avanzan, casi sin hablar, en esa clara tarde de primavera malagueña, aspirando el aroma de la arboleda y del momento de libertad compartida. Diego se para en un edificio de cinco plantas, completamente rehabilitado, con una fachada de ladrillo visto y un portal grande, de hierro forjado y acristalado, que deja ver en su interior unos macetones llenos de verdor.

Suben por el ascensor a la segunda planta, él abre una de las dos puertas del rellano y la deja pasar primero con un gesto de prestidigitador. Entran y los deslumbra la luz de la tarde, que inunda cada espacio del piso.

—¿De quién es este apartamento, Diego?

—Es más bien un estudio —puntualiza él, que le enseña cada rincón con un entusiasmo contagioso.

—La verdad es que es precioso. —Adriana admira el luminoso salón comedor, en el que se integra una impecable cocina americana, y el amplio dormitorio cuya puerta lateral conduce a un baño de mármol travertino, con una cabina de ducha impresionante. Le encanta aquel pisito.

—Es de Juan, profesor titular de mi cátedra. Verás, se va de España porque le han ofrecido impartir dos cursos en la Universidad de Boston. No lo quiere alquilar, y me ha pedido el favor de que se lo cuide hasta su vuelta.

—¿Y no se enfadará si ocupamos su cama?

Diego se pone colorado y murmura:

—Bueno, es íntimo amigo mío y ya le he hablado de ti. No le va a importar.

—¿Te has vuelto loco? ¿Es que has dejado a Lidia?

—Aún no, pero ya va siendo hora. Mi hija Lidia tiene ya veintitrés años. No creo que vaya a sufrir con la separación de sus padres.

—Yo no creo ni que le sorprenda. Más bien se estará preguntando por qué tardáis tanto.

—¿Cómo dices? —Diego levanta las cejas ante aquel comentario.

—No me hagas caso. —Adriana le planta un beso apaciguador y sigue repasando el piso.

—Se me había ocurrido que podríamos vernos en este espacio privado, tuyo y mío. Estoy harto de los hoteles. Y, si quieres, te puedes venir a vivir aquí dos años. Luego ya veríamos.

—Qué más quisiera yo. Pero ya sabes que no puedo dejar sola a mi madre. Está peor, más decrepita cada día que pasa. Le duele todo el cuerpo, apenas puede moverse y tiene varias insuficiencias de todo tipo. Me da pena verla sufrir así. Es denigrante cómo se extingue su vida de una manera tan cruel. Si me voy ahora, creo que no me lo perdonaría.

—¿Ella o tú?

Diego está impresionado con el discurso de Adriana. Nunca se muestra tan compasiva; sobre todo con su madre. Él conoce la complicada relación y la vinculación de amor-odio entre madre e hija.

Ella responde sin dudar:

—Ambas.

—¿Entonces?

Adriana observa todos los detalles del apartamento, algo ensimismada.

—Creo que es un muy buen sitio para evadirme. —Al ver el ceño de Diego, se corrige con rapidez—. Para evadirnos.

No pasa ni una semana desde que comparten a ratos aquel estudio, y Adriana ya empieza a utilizarlo para verse con los amantes ocasionales que conoce a través de Tinder. Diego se lo ha puesto en bandeja. ¡Está encantada! Él jamás se presenta en el piso sin avisar, porque tiene que preparar previamente la coartada perfecta con su mujer y avisar a Adriana para coincidir en la hora. Y eso que a ella antes la irritaba por su falta de espontaneidad, ahora le parece un arreglo perfecto. Está desbordada entre el trabajo, asistir a su madre y reservar un tiempo al ocio: es decir, a Diego y a sus amantes ocasionales. Sin ellos perdería la cordura.

No puede desperdiciar ningún momento de evasión, porque, a su edad, la sensación de que el tiempo se diluye en la casa de su niñez se le marca cada día más profundamente en su piel, como una nueva arruga. Cada noche, cuando escucha el ronquido de su madre en la habitación de al lado, sabe que las horas, que su vida, se le escapan y que no hay vuelta atrás. Todas las puñeteras mañanas, cuando ya está perfectamente vestida y maquillada para ir al trabajo, se encuentra a su madre en la butaca del salón, con el pelo ralo y desordenado, el inyector de adrenalina en el bolsillo de su bata y el pastillero encima de la mesa con toda la medicación preparada, esperando su desayuno: descafeinado y dos magdalenas; no puede haber variedad en el menú.

Una noche, al volver de una cita especialmente apasionada en aquel pisito con un ligue de la aplicación de citas, se encuentra a su madre tirada en el suelo, aullando de dolor; se ha roto la cadera.

Ambulancia, caos, hospital, días de permiso en el trabajo, mal pronóstico, alta, vuelta a casa, medicación intensa... Todo se mezcla de manera vertiginosa en la cabeza de Adriana, que está superada por los requerimientos de una anciana, su madre, cada vez más indefensa.

—Niña, llévame al baño.

—Niña, tráeme un vaso de agua.

—Niña, tengo frío, dame la toquilla.

—Niña, hazme más magdalenas, que te salen muy ricas.

Adriana odia con toda su alma que la siga llamando niña, aunque lo haga con un susurro debido a que no le sale la voz del cuerpo. Porque se está apagando un poco más cada día.

Por mucho que lo intente, Adriana no consigue recordar ningún signo de debilidad en su madre: su tono imperioso, su manera de andar y de comportarse siempre fueron los de una persona fuerte. Enérgica, más bien.

Y ahora, los gestos de dolor que cruzan sus ojos y tuercen su boca se suceden a un ritmo acelerado. Virtudes siempre ha odiado a las personas pusilánimes, pero se ha convertido en una anciana quejumbrosa que no puede evitar expresar sus padecimientos, que cada día se vuelven más crueles.

La tarde antes de su reincorporación al trabajo tras la caída de su madre, Adriana se encierra en la cocina. Allí puede estar sola y pensar con claridad. El olor a magdalenas recién horneadas inunda cada espacio y hace que ella se evada del olor a vejez que ha colonizado el resto de la casa.

Justo cuando acaba de colocar la bandeja del horno en la encimera para dejar enfriar las magdalenas, escucha el pitido de su móvil. Se quita los guantes de cocina y se sienta a la mesa para ver de qué se trata. Diego. Le ha escrito un larguísimo correo electrónico en el que, de manera muy formal, le propone matrimonio. Después de tantos años de relación clandestina, está muy hastiado con la situación. Ya ha tomado la decisión de separarse de Lidia.

«Cuánto romanticismo de su parte y qué inoportuno es el pobre», piensa Adriana, que ni siquiera tiene las fuerzas suficientes como para darle una respuesta. Arroja el móvil en la mesa porque un aullido de dolor de su madre la hace

volar a su lado, e intenta calmarla con palabras suaves y más analgésicos de la cuenta.

Virtudes no se queda dormida esa noche hasta las cuatro de la mañana, completamente rendida por el prolongado sufrimiento. Su hija está espantada. Es la primera vez que se ha asustado de verdad, que ha sentido el agudo dolor de su madre como propio, y hasta se ha preparado mentalmente para presenciar su último aliento. No se atreve a moverse de su lado hasta tener la certeza de que el sueño ha vencido por fin a la anciana, y solo entonces se retira a su propia habitación, donde dormita apenas dos horas antes de ir al trabajo.

A la mañana siguiente, en la oficina, Adriana sufre un ataque de ansiedad, como bien diagnostica el equipo de emergencias, que ella confunde con un infarto. Ve la muerte tan de cerca que tiembla de miedo por primera vez en su vida. No consigue manejar el gran problema que tiene en su casa. Y lo que es peor, la vejez y la decadencia amenazan con ser su nueva forma de vida.

Al salir del trabajo, ya más calmada, se encuentra con Diego en la puerta principal del edificio, esperándola como lo hacía antaño en el instituto. Lo recuerda, de manera nítida, con la trenca y el jersey de lana tejido por su abuela y la cara de cachorro triste al ver que ella lo ignoraba y se montaba en la moto del ligue del momento.

Ahora lo mira entre sorprendida e irritada. Lleva lloviendo toda la tarde, y el pelo y la ropa de Diego están empapados; pequeñas gotas de agua salpican sus pestañas y los cristales de sus gafas.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta con aspereza.

—¡Adriana, por fin! Estaba muy preocupado por tu silencio. No me has respondido al correo y tampoco coges ninguna de mis llamadas. ¡No tienes consideración alguna conmigo! —La estridencia de su reproche reaviva el malestar de Adriana, que se había mitigado poco antes. Continúa caminando, con él detrás como un perro obediente y pegajoso.

—Diego, no me encuentro muy bien. ¿Podemos hablar de esto en otro momento?

—Ah, ¿es que te parece que es un asunto sin importancia? Llevo demasiado tiempo cultivando la virtud de la paciencia contigo. Y ya no puedo más. Quiero que te decidas de una vez. Yo ya lo he hecho.

—Te vuelvo a repetir que, hasta que muera mi madre, no podemos vivir juntos. Es completamente imposible.

—¿Puedes al menos razonármelo?

—No tengo por qué explicarte nada. Tú ya conoces de sobra mi situación, no sé ni para qué preguntas.

—¿Es tu última palabra?

—Por supuesto.

—Tomo nota, no te preocupes.

Diego se aleja apretando los puños, dejando tras de sí la huella de su justa indignación.